

BAILE DE MÁSCARAS

Su risa. Solo bastó escuchar la risa de aquel chico araña para saber que quería pasar el resto de la noche con él. Una carcajada limpia, tierna, sincera que la invitaba a un mundo de sensaciones a estrenar. Bajo aquella máscara no sabía qué se escondía físicamente, pero le daba igual. Aquel pícaro sonido la atraía como la flauta de Hamelín, como la melodía de embriagadores tritones de mar a las puertas del jardín acuático de Poseidón.

En aquel baile de disfraces podía sentirse cómoda, integrada, veía que encajaba perfectamente. Su piel ambarina y sus facciones y raíces orientales le impiden relacionarse en aquel instituto español, y la barrera del idioma se le antoja insalvable. Hace poco que ha llegado a esas tierras sureñas, y aunque el gobierno le brinda todas las facilidades para su inclusión, le toca solo a ella el arduo trabajo de relacionarse con sus nuevos compañeros. Pero hoy es diferente, hoy puede ser ella misma tras su antifaz, cómplice de su furtiva intrusión en aquella fiesta andaluza.

De pronto, él la conduce a uno de los reservados, cierra la puerta y quedan a solas en la habitación. Lentamente, alza sus manos a la altura de su rostro. El muchacho intenta quitarle la máscara. Al principio retrocede asustada, temiendo que, al ver sus rasgos, se aleje de ella. Pero algo en su interior la llama a confiar. Entonces él se descubre. Tiene una piel oscura, unos labios carnosos, unos ojos de un ardiente azabache y una melena de bucles insolentes. Con su mirada se lo dice todo, con su mirada abre las puertas de la lujuria pura y clara del amor libre, del amor real, de la atracción química natural de dos cuerpos apetecibles, sensuales, llenos de vitalidad, de adrenalina juvenil. Las palmas de sus manos se unen, se acarician, y la tersa blancura del lotto se mezcla con el ébano de una fogosa bulería. Y en la quietud del cuarto, ambos se funden en la magia del

momento, porque sus labios no separan razas, porque sus lenguas no distinguen payos de gitanos, porque el roce de su piel no separa oriente de occidente, porque los ojos rasgados miran hacia el mismo horizonte que los ojos de un calé. Porque Spiderman y Madame Bovary no entienden de racismo.